

feliz de la vida es el de la víspera!...

—¡Se conoce que ese sabio tenía horchata de chufas en las venas!... repuso Juanita mirando de nuevo al reloj.

Sacaron el postre: un platito con bollos; cada quisque tomó un empiñonado, y enseguida Juanita corrió á lavarse las manos y á quitarse el delantal; doña Felipa se fué á encender el quinqué del recibimiento; la criada entró á recoger el servicio para quitar la mesa, y Lola, cogiendo del aparador una cocinilla económica y un tarro de vidrio, llenó de flores rojizas diminutas, se sentó junto á su tío y le dijo dulcemente, prendiendo fuego al alcohol:

—¡Voy á hacerte la manzanilla!...



#### CAPÍTULO IV

**A** las ocho de la mañana siguiente, estaba ya Miguelito Cruz estacionado en el Viaducto, frente á los balcones de casa de su novia; todos los días aguardaba en el mismo sitio á que Lola abriese los cristales, parecía una alondra esperando al sol. La pareja de Orden público, que vela por la humanidad en aquellas alturas, había llegado á considerar al estudiante como á un camarada; al principio desconfió del joven viéndole rondar por la barandilla y atisbar por entre los barrotes de hierro, pero muy luego advirtieron los guardias la verdad del lance y di-



ciéndose con la socarronería aprendida en los cuarteles, que no entraba en su "consinia" el impedir el suicidio que el mozo escogía, no volvieron á ocuparse de su persona.

Lola no tardaba nunca en abrir las vidrieras y se asomaba sin peinar, sujeto aun el flequillo por las tiras de periódico con que se lo rizaba por la noche. Al verse sonreíanse con involuntaria alegría; aquellos dos corazones llegaban al solsticio de la felicidad y con la lente de telescopio que pone el amor en los ojos se distinguían mutuamente el relámpago de la boca, por que las sonrisas tienen un nimbo como las cosas santas y los rayos de luz. Pasaban los jornaleros á sus obras, las criadas á los mercados, las modistas á los talleres; el hormiguero de toda población que despierta iba y venía por las dos aceras del lomo del puente; nada de esto advertían los amantes, cegada la retina por los resplandores de su aurora suprema. Las mañanas en que le tocaba escribir á Lola, le mostraba la carta y le hacía seña de que fuese á recogerla. Miguelito

Cruz bajaba á la escalinata de piedra del declive, y entonces Lola, inclinándose sobre la baranda y sacando muy afuera el brazo para que la misiva trocada por los dobles en una pelota de papel, no se colara en los pisos inferiores, soltaba la carta que caía con los revuelos de un copo de nieve. El estudiante la recogía, se la guardaba en el bolsillo, y, saludando con la mano á la niña, se marchaba á clase, volviendo sin cesar la cabeza para mirar á su novia, hasta que se sorbía su silueta la distancia; ella también se entraba en cuanto le perdía de vista; el libro despiadado y el plumero cruel cortaban el idilio como la hoz que des-punta el heno; pero Lola no quería que por su causa faltase Miguelito á cátedra, ni podía estar al balcón, apresada dentro por la limpieza de la casa, que corría á su cargo.

A la tarde volvía al Viaducto el futuro abogado; Lola no salía casi nunca y se sentaba á coser en el balcón, detrás de los cristales ó con la vidriera abierta, según la temperatura que hiciese; su madre y su hermana íbanse



de visitas ó de compras y así se quedaba la niña sola y feliz, á sus anchas, con su ropa blanca, sus tiestos y su novio en frente. Miguelito Cruz se paseaba, en tanto, por la acera del puente frontera á la casa de Lola, y ella tira que tira de la aguja, atisbándole á él, y él chupa que chupa en el cigarro, mirándola á ella, se les iban las horas sin sentir, contemplándose, reconstituyendo con la imaginación los detalles de sus personas, que la distancia les borraba; á él le extasiaban los piececitos de ella, que no veía; á ella le encantaba la expresión del rostro de él, que no alcanzaba á distinguir; pero como el supremo placer del amor es adivinarse, se adivinaban y se lo decían, que para algo tienen alas de ave los pensamientos: para volar. Todos los amantes poseen una exquisita organización de sordo-mudos. Lola y Miguelito Cruz se entendían á maravilla con sus guiños y sus señas, y de cuando en cuando se enviaban en un rayazo de sus pupilas, uno de esos besos que saben dar desde lejos los ojos. Los pájaros que habitan en los aleros cercanos se

sabían ya de memoria á los dos jóvenes, y distinguiéndolos un día y otro de charla óptica, se piaban para su buche:—¡Qué atrocidad; pues no usan pocos requilorios los hombres para hacer un nido!...—En vano le azotaba al estudiante la ventisca de la sierra en las tardes de invierno, trocando las alturas del Viaducto en una cima de los Alpes; Miguelito Cruz aguantaba el turbión rebujado en su capa; en esos días apenas si columbraba la silueta de su novia detrás de los cristales, pero veía los hierros del balcón, las macetas sin flores, los ladrillos de la fachada, los árboles próximos, y se sentía satisfecho; el amor tiene la tontería sublime de las proyecciones, y cuando los ojos de la cara no divisan al ser querido, los ojos del alma se contentan con los objetos que le son afines; el corazón no podría vivir sin estos reflejos. Lola no contaba con otro medio para recibir las cartas de su novio que echar un hilo por el balcón en cuanto anochecía y antes de que doña Felipa llegara; así, siempre que Miguelito la escribía, enseñábasele



préviamente la epístola desde el Viaducto, y luego se la ataba á la hebra, izando Lola con sumo cuidado el frágil cable que le subía un puñado de ilusiones en el hervor de Abril vertido en el papel por aquellos veinte años que la adoraban; la carta resplandecía para ellos en la sombra con un parpadeo de astro, lo cual no era otra cosa sino la tolvanera de luz de la dicha que les llenaba por igual el espíritu. A veces algún vecino que gustaba de asomarse á tomar el fresco, retrasaba la ascensión del hilo.—¡Habrás visto!... ¡Estar en el balcón de su casa!... ¡Mayor abuso no se daría jamás! ¡Y doña Felipa que no tardaría en venir!... Lola desde las alturas de su piso, acechando al importuno para no perder tiempo en cuanto se metiese, no sabía á qué Santo encomendar el que el vecino se marchase, y trémula, impaciente, angustiada, nerviosa, se preguntaba qué haría para no quedarse sin su carta, mientras abajo Miguelito Cruz, desesperado también, se desfogaba maldiciendo hasta de la ascendencia de "aquel tío", lamentando no

tenerlo al alcance de su puño y diciéndose cómo diantres se arreglaría para reanudar la corriente eléctrica, interrumpida por semejante aislador; por fin el indiscreto se iba y la cerrazón que les nublaba momentáneamente su ventura se deshacía, sin descargar el chubasco. De esta suerte, en aquel sitio apartado y umbrío había siempre un poco de primavera, cualquiera que fuese la estación reinante...

Los cuatro renglones que Lola le dió aquella tarde al volver de paseo anunciándole que le escribiría la causa de su retraso en bajar á Recoletos, y sobre todo la amargura que de ellos trascendía; hicieronle sospechar á Miguelito, que algo había ocurrido y venteó la catástrofe. Espoleado por la impaciencia, recogió á la siguiente mañana la carta de Lola, y dándole luego á los tornillos de las piernas se plantó en cuatro saltos en la Universidad, llegó á tiempo que entraban en aula los alumnos de su año y subiéndose á los últimos bancos donde acostumbraba á sentarse, mientras el ca-



tadrático se desgañitaba perorando desde la mesa, sacó Miguelito Cruz del bolsillo del gabán el cuaderno de apuntes y ocultando disimuladamente con dos de sus hojas la carta de la niña, comenzó á leerla fingiendo que repasaba la lección para que sus compañeros no le atisbasen.

Decía así la carta, con el adorable desaliño de la mujer: "Te escribo ésta á escape, mi querido Miguel; porque temo que mamá note luz y me descubra, pero no quiero dejar de echarte carta mañana porque comprendo cómo estarás y con razón; á mí en tu caso me sucedería lo mismo; gracias á que me conoces bien y de sobra sabes que no consistió en mí la tardanza.

"Yo no debía decirlo porque, aunque sea lo que sea, es mi madre, pero á tí que tanto te adoro no debo ocultarte nada; la culpa de que bajáramos tarde á Recoletos fué de ella; ya te lo figurarías. Es que yo no he visto nada igual ni de tan poco fundamento; es preciso verlo para apreciar su falta de luz.

"Imagínate que esta noche llegaba á Madrid Pepe León, mi futuro cuñado, que viene con licencia á la corte, á trabajar su pase á Cuba, como efectivamente llegó y pretendía mamá que ya que tío Manuel no podía bajar á la estación fuéramos nosotras; ella, Juanita y yo á esperarle. ¡Qué te parece!... ¡Tres señoras solas y por añadidura la madre de la novia yendo á aguardar á un hombre!... ¡Como es natural yo me opuse á tal disparatón!... ¡Nunca lo hubiera hecho!... Me puso como un reverendo trapo y no sé cuántas atrocidades me dijo. ¡Que si yo tenía muchos humos y quería mandar más que todos, y que si eso era dar lecciones á su madre y que nada tenía de particular que fueran á recibir á Pepe León!... No le faltó más que pegarme; chillando empezó á desnudarse, ya no salíamos y gracias á que Juanita estaba vestida bajamos á Recoletos, después de la trifulca y casi cuando iban á encender los faroles, como tú viste.

"No sabes lo que llevo llorado, Miguel mío; soy muy desgraciada; mi



madre no me quiere y cuando llegan estas ocasiones me convezco más de su falta de cariño. ¡No me digas que no, por consolarme!... ¡Yo veo cómo se portan otras madres con sus hijas y la mía maldito lo que procura por mí!... ¡Por eso te quiero á tí el doble, porque sólo á tí tengo en el mundo que me comprenda y me haga feliz!... No sigo más, estoy violenta; escribiéndote á tí no concluiría nunca, pero no hay otro remedio que hacer punto. ¡No me olvides ni un instante; amor mío, y ya que no puedo pagarte de otro modo te pagaré requeteado-rándote.

“Me voy á soñar contigo, y recibe un millón de besos de tu Lola. Dispensa la mala letra pero te escribo muy deprisa.”

Miguelito Cruz concluyó su lectura; en aquel momento, el catedrático, explicando la patria potestad echaba mano de toda su elocuencia académica, florida y pegajosa, para probar con un rimbombante período en defensa de la tutela de la mujer lo inmarcesible y sacrosanto

del amor de madre. Miguelito Cruz se guardó la epístola, cerró los apuntes y se sonrió con una sonrisa ex-céptica y helada.







## CAPÍTULO V

**Q**UÉL tableteo de la campanilla que ensordeció la casa atronando con su estallido de notas las habitaciones, cogióle desprevenida á doña Felipa y estremeciéndose toda, se la fué un punto de la calceta que hacía, calados los anteojos y sentada en su butaquita del comedor. ¡Qué demonio de hombre! murmuró la buena señora con acento gruñón, pero sin gran enojo, poniendo todo su cuidado en desenredar el revoltijo de la media. Lola, que repasaba la ropa de la semana, medio oculta detrás del enorme cesto del planchado rebosando enaguas y camisas, no pronunció palabra. Jua-

nita leía el folletín de *La Correspondencia* á la luz de la lámpara, sin que en su atildado traje se descubrieran el hilacho más mínimo que indicase que ayudaba á su hermana en su costura. ¡Es Pepe!... murmuró Juanita regocijada al escuchar el campanilleo. Se oyó descorrer el cerrojo y abrirse la puerta; luego chirrió cercano un ruido de espuelas que cesó detrás del portier y alzándose el cortinón apareció en el umbral la gallarda figura de Pepe, preguntando: ¿hay permiso?...

—¡Adelante!... contestó amablemente doña Felipa. Pepe entró, se cuadró delante de su futura suegra y haciendo el saludo militar exclamó con fingido respeto ¡á la orden, mi jefe!... Luego dió la mano á Lola y á Juanita; cogiendo una silla se sentó junto á ésta, y simulando pegarle un ligero papirotazo en la nariz, la dijo con cierto aire chulesco: ¡hola, chiquilla!... Juanita retiró la cabeza sonriendo y su madre respondió á la ocurrencia del mozo con un ¡qué bromista es usted!... en cuya frase se adivinaba cuánto le complacía el chiste. Lola calló pero cruzó



por sus ojos un relámpago y se inclinó sobre su costura para disimular el disparo de rubor que le encendió las mejillas.

Pepe León vestía su uniforme de comandante delanceros, que nunca abandonaba, so pretexto de que el militar no debe vestir de otro modo; pero según malas lenguas, porque siempre tenía empeñada la ropa de paisano. Propiamente no se le podía llamar bello al buen comandante, pero era guapo; carecía de la hermosura varonil, más ó menos perfecta, pero siempre algo ruda y descuidada, que es patrimonio del hombre, pero poseía en cambio, ese conjunto de atractivos á lo mosquetero que tanto seduce á las muchachas; ojos oscuros, llenos de osadías, y muy grandes; bigotes rubios y sedosos de guías punta arriba, en fuerza de cosmético, encantos que, combinados con la celeste guerrera y el pantalón rojo, una fama de afortunado en amores y un ruidillo de espuelas, son capaces de llevarse tras sí cuantos corazones de mujer se cruzaran en la calle. Pepe León andaría rondándole

á los cuarenta; pero los disimulaba á todo trance, á pesar de lo cual se veía de sobra que no le brillaba el cráneo por que fuese de pelo muy claro como él decía, sino porque las lagunas de la calvicie le habían tomado por suya la cabeza desde mucho tiempo atrás; entre sus compañeros no ocultaba que media dentadura era postiza, porque según su frase, no exenta de gracia, se le pasaron al enemigo una porción de dientes y andaba al presente mal humorado con ciertas arrugas profundas, que le empezaban á rayar la cara como los surcos de un terreno añoso y que le empujaban al empleo inmediato de viejo. En su rostro ajado y fofó, en sus pupilas fatigadas, en todo él se adivinaba al veterano incansable de las lides del mundo, jefe de carrera perpétuo de la escolta de S. M. Venus, y acaso y sin acaso condecorado con la cruz laureada de Santa timba y la medalla de la orden del vino; por lo demás conocíase en su continente que se pagaba de la figura y se cuidaba de ella; hablaba con afectación atusándose el mostacho; procuraba adoptar



maneras elegantes y de gran duque, confundiendo la desenvoltura con el desparpajo adquirido en el servicio y olía por igual á cuadria y á colonia.

En los seis ó siete días que Pepe León llevaba de vuelta en Madrid no había tenido tiempo aún de satisfacer del todo su ansia de charlar con la novia. Aquellos diez meses de ausencia, pasados con su regimiento en Barcelona, hasta que consiguió una licencia para la corte á fin de trabajar aquí su pase á Ultramar, exigíanle ahora un derroche de conversación, punto en el que era inagotable el comandante, poseedor de una lengua muy expedita. Hombre ligero y superficial, con algo de ardilla, para él constituía el sumo ridículo permanecer callado junto á una hembra y mucho más si se trataba de su amante, prodigándola toda suerte de lisonjas y hablándola con el lenguaje afectado y frívolo de la imaginación, impropio del amor, que es tartamudo. En seguida, pues, que dijo tres ó cuatro chirigotas, cortó con mucha maña la charla general y mientras Juanita la tomaba con la colcha

de hilo que traía entre manos, Pepe León empezó á mosconearla casi al oído contemplando como unía rosetas y rosetas con la aguja de hueso. Doña Felipa, sin interrumpir su labor, echaba de cuando en cuando su miradita á Lola y la hacía en voz baja alguna observación sobre los zurcidos con que tramaba los rotos de las prendas, sin que la muchacha replicase á semejantes consejos, desprovistos de la autoridad que presta el ejemplo. Al cabo, y no teniendo con quien hablar concluyó doña Felipa por dormirse y comenzó á dar cabezadas.

Así, juntos, disfrutando de cierta holgura y cotejándolos, comprendíase que la Providencia había traído á aquellos dos seres al mismo camino, para que se encontrasen y se uniesen por la ley de la afinidad como dos moléculas idénticas. La vista del hombre no alcanza á ver nada á cierta profundidad de la hondura de sima del corazón, vaya usted á saber lo que Pepe León sentiría por Juanita y si ardería en su pecho un apetito carnal al rojo blanco, abrasándole con su



lumbre de ascua, hasta el extremo de pensar en el matrimonio como un medio de satisfacer su deseos, ó si reinaría en sus espíritu el dulce calor de ese cariño puro que es el sol de invierno de las almas honradas. Lo probable es que Pepe León alimentase un capricho inmenso y tenaz, aferrado á su voluntad rebelde, acostumbrada á saltar por toda suerte de obstáculos, que le dominaba y le hacía su esclavo, atarazándole con el incentivo de la posesión de la mujer y llenando toda su vida. Juanita á su vez quería al comandante sin parar mientes en la causa de su efecto: ni tomarse el trabajo de analizarlo; un día se vió requerida de amores por Pepe León, sedujéronla las estrellas, le halagó la idea de ser amada nada menos que por un jefe; ¡qué dirían sus amigas, las envidiosas de Jiménez sobre todo! y alentada por su madre á no despreciar semejante partido, díjole que sí á su galanteador y aceptó sus relaciones. Pepe León, no se andaba por las ramas; á los quince días habló á Doña Felipa, solicitando su permiso para entrar en casita, y acompañarles

acompañarles además siempre que salieran, probando así que sus intenciones eran rectas y que venía "con buen fin". Juanita rabiaba por lucir á su novio, porque se lo vieran al lado; antes de la visita oficial á su madre, ya ella le había iniciado la respuesta, y como la misma señora no deseaba otra cosa, el comandante obtuvo la venia apetecida. Después, su desenvoltura, su carácter alegre, todo luz, el relato de sus hazañas militares, la generosidad que le distinguía, sus magníficos bigotes rubios y su apuesto continente, le encalabrinaron la cabeza y llegó realmente á prendarse de su lancero; la impudicia de él la subyugó; dotada de un talento natural bastante claro, en seguida comprendió que se las había con un calavera y la sedujo la idea de tenerle rendido á sus pies y de llamarle suyo. Jamás se tomó la molestia de considerar el peligro que entrañaba el unirse con un hombre semejante, ni le pasó por el magín el que un día, satisfecho su apetito carnal y apagado el fuego voraz que le consumía, tirase otra vez la oveja hacia el monte. El



lujo, la categoría, el brillo, todo el porvenir de esplendores de que gozaría junto á su esposo, el ser en un mañana cercano una de tantas en el remolino de oro de la sociedad, la llamaban con invencible voz de sirena, y dejándose llevar por la visión tentadora, la alargó los brazos sin mirar que iba avanzando por los bordes resbaladizos del abismo. ¡Bah!... ¡De casado sentaría la cabeza!... ¡Su misma madre se lo decía!... ¡Todos los hombres la corren!...

Se completaban; ella, acaso por instinto, tal vez por cálculo, comprendiendo, con su sagacidad de mujer que su defensa era ser siempre deseada; que el fruto que se codicia eternamente es el que devoramos con los ojos y al que sólo alcanzamos con las yemas de los dedos, mostrábase apasionada, impetuosa, ardiente, pero parca, comedida y sobria; inyectábale, por decirlo así, sus caricias en dosis homeopáticas, pero cuando parecía próxima á entregarse y á ceder, se recobraba de pronto, como la gata que se deja palpar el dorso y saca inesperadamente

las uñas. Con tal conducta, excitado y repelido, él, el hombre de piedra, que tantas favoritas había sacrificado á su capricho, siguiendo su marcha de triunfador, sin cuidarse de sus víctimas, sentíase ahora débil y vencido, con la docilidad del negro sujeto por el látigo, ante aquella muñeca endeble, de cuerpo de *biscuit*, de cara de niña y de cutis de seda, que le abrasaba con el chispeo de sus miradas y se le huía de las manos cuando creía tenerla cogida, mostrándole la felicidad como los relámpagos que con su fulgor instantáneo indican el camino, borrándose todo después en la noche.

Juanita y su novio cuchicheaban, moviendo un rumor de pitorreo de pájaros, al otro lado de la mesa, y hundidos en la sombra; toda la luz de la lámpara iba á dar de plano sobre doña Felipa y de esta suerte no perdían ellos ninguna de sus actitudes mientras la buena señora, al despertar, llenándose bruscamente las pupilas de resplandores, apenas si distinguiría á los dos amantes envueltos en la pe-



numbra; ya sabe el amor lo que hace. Lola se cansó de coser y arrebujaando las prendas las guardó en el cesto, luego se fué de la habitación, miró al salir maquinalmente á los novios, y con un arranque brusco volvió la cabeza hacia otro lado y se le agolpó la sangre á las mejillas. Juanita había suspendido su labor y jugaba con el ovillo de hilo botándole suavemente en la mano izquierda, mientras Pepe León, clavándole en las propias pupilas un rayazo de fuego de las suyas, la tenía cogida la mano derecha al amparo del tapete y se la estrechaba hasta causarle daño. Lola desapareció con presteza; doña Felipa roncaba; en cuanto se vieron solos, todo lo que á él le hervía dentro se le agolpó á la boca; pegó los labios en la blanca mano de su novia sin dejar de acechar á doña Felipa y estalló el beso suave y contenido, que apenas produjo el ruido de un aleteo, para que la digna señora no despertase. ¡Que viene mi hermanal, murmuró de pronto Juanita, apartándose asustada y tornando á su colcha; el comandante se apartó refunfuñando

y Lola entró de nuevo en el comedor con un libro debajo del brazo, y tropezó adrede en una silla para que doña Felipa sacudiera la modorra que le soldaba los párpados. Doña Felipa se enderezó de repente, tomó por instinto la media, poniéndose á trabajar con afición, como si quisiera desquitarse, y sin darse cuenta moduló un bostezo que no llegó á su grado máximo, gracias á que Lola, que se había sentado á leer allí junto, la tiró del vestido diciéndola en voz queda:—¡Mamá, por Dios! El bostezo murió en una mueca y no pasó de un leve gruñido, y la buena señora acordándose entonces de los novios, les asestó una mirada todavía turbia y soñolienta. El comandante, al notar que era observado, se encaró con doña Felipa, y entre afectuoso y burlón, exclamó columpiándose en su asiento:

—¡Vamos, que no lo ha echo usted malo, señora mía!...

—¡Se equivoca usted!—contestó ella esforzándose en contener los desperos de las quijadas.—¡He oído cuanto hablaban ustedes!... ¡Pero como una



se levanta tan temprano, me quedé un poco traspuesta!...

El comandante se sonrió y á pique estuvo de replicar: ¡valientes orejas!... Pero guardó silencio, y Juanita fué la que añadió sin cesar en su teje maneje:

—¡Siempre dices lo mismo, y luego pareces un órgano!...

Todos se echaron á reir, incluso la propia doña Felipa, y Lola remachó el asunto exclamando:

—¡No sé por qué no se acuesta, sabiendo que yo no me recojo hasta las once!...

Es de suponer que Pepe León se alegraba para sus adentros de la terquedad de su futura suegra.

En esto se le antojó al reloj de pared dar la hora, y contando doña Felipa los timbrazos en voz alta, exclamó al perderse el último en el aire:

—¡Las nueve!... ¡Ya no tardará en venir Demetrio!

Tal anuncio obscureció el rostro de Pepe León con la sombra de una nube, y trocándose su cara en una pura interrogación, preguntó disimuladamente á su novia:

—¿Quién es Demetrio, tú?...

—¿No te acuerdas?...—replicóle Juanita.—¡El tendero de telas de la calle de Postas, que pretende á mi hermana!... ¡Aquel bajito, feucho!... ¡Si lo conoces!...

—¡Sí, sí!... ¡El amo de aquel comercio que hacía hondonada!...

—¡Ese mismo!...

—¿Pero tiene relaciones con Lola?...

—¡No; pero los jueves y domingos viene, como amigo, de tertulia, y hoy es jueves!...

Juanita y Pepe León hablaban por lo bajo. Poco después repiqueteó de nuevo la campanilla y doña Felipa exclamó desde su butaca con el tono profético de un oráculo griego:

—¡Ahí está Demetrio!...

